

VI.

Por la mañana no había en la escalera ni una sola huella de los escándalos de la noche anterior: ni los estucos que habían reflejado el galope de una mujer en camisa, ni la moqueta que habían hollado sus desnudos piés, conservaban la más insignificante señal. Sólo el portero M. Gourd subió á las siete á dar un vistazo; pero él no se metía en lo que no le importaba, y como al bajar viera en el patio á Lisa y á Julia hablando, seguramente de la catástrofe, á juzgar por su animación, las miró con tal severidad que las dos se separaron. En seguida salió á la calle para cerciorarse de que reinaba en ella la tranquilidad. Sin embargo, las criadas debían haber charlado, porque las vecinas se detenían y los tenderos se asomaban á las puertas, escudriñando la casa, con la curiosidad con

que se contemplan los parajes en donde se ha cometido algún crimen. Pero ante la espléndida fachada de la casa, la gente callaba y seguía su camino.

A las siete y media bajó Mad. Juzeur en peinador, para vigilar á Luisa, según decía. Sus ojos brillaban, la fiebre abrasaba sus manos. Detuvo á María, que volvía de comprar leche y quiso hacerla hablar; pero no sacó nada en limpio, ni siquiera cómo la madre había recibido á la hija culpable. Entonces, so pretexto de esperar un instante al cartero entró en la portería, y al fin preguntó á M. Gourd, por qué M. Octavio no había bajado: sin duda estaba enfermo. El portero respondió que lo ignoraba, pero que por regla general nunca bajaba hasta las ocho y cuarto. En aquel momento la otra madame Campardon pasó por delante de la portería con su habitual rigidez. Todas la saludaron. Mad. Juzeur, obligada á subir á su cuarto, tuvo la suerte de encontrar en la escalera al arquitecto, que salía poniéndose los guantes. Al pronto los dos se contemplaron con aire de consternación: después, él se encogió de hombros.

— ¡Pobres gentes! murmuró ella.

— ¡No, no, ha hecho bien! dijo Campardon con ferocidad. ¡Es necesario un castigo

UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO, URUGUAY
BIBLIOTECA
E. AL FON. 83
MONTEVIDEO, MEXICO

ejemplar! ¡Un señorito que yo introduzco en una casa honesta, suplicándole que no traiga á ella ninguna mujer, y que para burlarse de mí, se entienda con la cuñada del casero! En todo eso, yo soy quien sale peor librado.

No hablaron más. Mad. Juzeur entró en su casa y el arquitecto prosiguió su camino, tan furioso que rompió uno de sus guantes.

En esto dieron las ocho, y Augusto, con el rostro demacrado y las facciones descompuestas por efecto de una pertinaz jaqueca, atravesó el patio en dirección á su tienda. Había bajado por la escalera de servicio lleno de vergüenza y temeroso de hallar á algún vecino. A pesar de su estado no podía abandonar sus negocios. En la tienda experimentó una profunda emoción, al verse junto al mostrador y enfrente del bufete donde acostumbraba á sentarse Berta. El mozo abría las puertas y Augusto daba órdenes, cuando la presencia de Saturnino, que salía de la cueva le asustó. Los ojos del loco chispeaban y sus blancos dientes parecían los de un lobo hambriento.

—¿En dónde está? le dijo; si la tocas al pelo de la ropa te degüello.

Augusto retrocedió, espantado.

—¡Sólo faltaba esto para completar la fiesta! murmuró.

—¡Calla ó te degüello! repitió Saturnino, queriendo tirarse á él.

Entonces el marido prefirió dejarle libre el campo. Los locos le horrorizaban: con ellos no era posible entenderse. Al salir de la tienda, encargando al mozo que le encerrase en la cueva, encontró de manos á boca á Valeria y á Teófilo. Este último muy constipado y envuelto en un gran tapabocas, tosía retorciéndose. Los dos debían saber lo que había pasado porque se detuvieron ante Augusto, con aire de lástima. Desde sus altercados, con motivo de la herencia, estaban reñidos y ni se hablaban, ni se saludaban.

—¡Has de saber que siempre tienes en mí un hermano! dijo Teófilo estrechando su mano, cuando acabó de toser. Quiero que en la desgracia no lo olvides.

—Si por cierto, añadió Valeria: lo que ha pasado debería vengarme, porque lo que es ella me ha insultado de lo lindo; pero nosotros lamentamos lo que ocurre, porque tenemos buen corazón.

Augusto, conmovido de su bondad los guió hasta la tienda, no sin vigilar con el rabillo del ojo á Saturnino, que le acechaba. Allí hubo una reconciliación completa. No se nombró á Berta, pero Valeria dió á entender que ella era la que metía zizaña en-

tre todos, puesto que jamás había habido en la familia ninguna cuestión desagradable, hasta que aquella mujer había ingresado en ella para deshonrarla. Augusto, con los ojos bajos escuchaba, aprobando con la cabeza lo que decía Valeria.

A través de la conmiseración de Teófilo se notaba su alegría, porque ya no era él solo el burlado.

—¿Qué es lo que has resuelto? le preguntó.

—¿Qué he de resolver? batirme, contestó el marido con firmeza.

La alegría de Teófilo desapareció. Su mujer y él se quedaron fríos ante el valor de Augusto. Este último les refirió la horrible escena de la noche anterior, manifestándoles que por no haber querido gastar dinero en la adquisición de una pistola, tuvo que contentarse con dar de bofetadas al galán: bien es verdad que el galán había hecho otro tanto; pero lo que es las que él le había dado, nadie se las quitaba ya de encima. Un miserable que se burlaba de él desde hacía seis meses, fingiendo ponerse de su parte en las polémicas que sostenía con su mujer, y que llevaba su aplomo hasta el punto de redactar informes acerca de la conducta de la culpable los días en que salía de casa. En

cnanto á ella, puesto que se había refugiado en casa de sus padres, allí podía permanecer, en la seguridad de que no iría á buscarla.

—¡Creeréis, añadió, que el mes anterior la concedí trescientos francos para alfileres! ¡Yo, tan bueno, tan tolerante, que estaba decidido á pasar por todo antes de proporcionarme una enfermedad...! Pero lo que es eso no es posible pasar por ello... ¡no! ¡no! ¡de ningún modo!

Teófilo pensaba en la muerte. Experimentando un temblor febril, dijo:

—Es estúpido lo que intentas... vas á hacerle ensartar... Yo en tu lugar no me batiría.

Y al ver que Valeria le miraba, añadió Augusto contristado:

—Ojala me ocurriese lo que temes.

—Desdichada, murmuró entonces su cuñada: pensar que dos hombres van á matarse por ella. ¡Si yo estuviera en su lugar, no podría permanecer tranquila!

Augusto era inquebrantable. Por nada del mundo dejaría de batirse. Ya había tomado sus medidas al efecto; y como quería que Duvoyrier fuese su padrino, iba á subir á enterarle de lo que había pasado, para que fuese en seguida á entenderse con Octa-

vio. Si consentía, Teófilo sería también padrino. Éste no tuvo más remedio que aceptar; pero su resfriado pareció agravarse súbitamente y tomó el aire de niño enfermo y mimado, á quien es necesario contemplar. Sin embargo, manifestó á su hermano que le acompañaría á casa de los Duveyrier: aunque fueran, como habían sido para con ellos unos ladrones, en ciertas circunstancias era preciso olvidarlo todo; y el deseo de una reconciliación general animaba, tanto á él como á su esposa, convencidos de que les interesaba no sostener aquella enemistad por más tiempo. Valeria, sumamente fina, ofreció á Augusto quedarse al cuidado de la tienda y particularmente de la caja, hasta que encontrase una persona que sustituyera convenientemente á su mujer.

—Sólo estaré fuera, añadió, desde las dos para llevar al niño á las Tullerías.

—Por un día que se quede sin salir nada ha de sucederle. Precisamente hoy llueve.

—No, no, el niño necesita tomar el aire... no tengo más remedio que sacarle.

Por último los dos hermanos subieron á casa de los Duveyrier; pero un fuerte golpe de tos obligó á Teófilo á pararse en la escalera. Se agarró á la barandilla, y cuando pudo hablar, aunque con trabajo, le dijo:

—Lo que es yo, por ahora, soy feliz... estoy completamente seguro de su fidelidad. No tengo ni siquiera que acusarla por el pasado... ¡me ha dado pruebas...!

Augusto, sin comprender, le miraba, tan amarillo, tan estropeado como estaba; y aquella mirada acabó de amoscar á Teófilo, á quien ponía en aprieto la bravura de su hermano.

—Aludo á mi mujer, añadió... ¡Ah! ¡querido mío, te compadezco con todo mi corazón! ¡Te acuerdas de mi tontería el día de tu boda! Pero lo que es tú no puedes dudar, una vez que los has hallado con las manos en la masa.

—¡Bah! dijo Augusto, echándose las de valiente... le romperé una pierna por lo menos. Te aseguro por mi honor, que si no fuera por la jaqueca que me abrumba, lo demás me importaría un bledo.

En el momento de llamar á casa del magistrado, Teófilo pensó que era muy posible que no estuviera, porque desde el día en que volvió á encontrar á Clarisa, pasaba algunas noches fuera de su hogar. Hipólito que salió á abrir, evitó hablar de su amo, pero les dijo que pasasen y encontrarían á la señora sentada al piano. Entraron, y en efecto, Clotilde acicalada desde que se había levantado

estaba en el salón haciendo escalas, y al mismo tiempo que se entregaba á este ejercicio manual dos horas cada día para no perder la ligereza de ejecución, distraía su inteligencia leyendo la *Revista de ambos mundos* que tenía abierta en el atril.

—¡Calle! ¡sois vosotros! dijo cuando sus hermanos pudieron hacerse notar en medio del diluvio de notas graves y agudas que parecían una granizada.

Y no manifestó su asombro ni aun al ver á Teófilo; por más que éste permanecía tieso y reservado, como dando á entender que si iba á verla no era por su propia cuenta. Augusto había inventado una historia, avergonzado ante la idea de tener que contar á su hermana la verdad, y temeroso de espantarla al hablar de su duelo. Pero ella no le dió tiempo para mentir, y después de mirarle, le preguntó con serenidad:

—¿Qué te propones hacer después de lo ocurrido?

Augusto se estremeció poniéndose de paso muy colorado. ¿Según eso todo el mundo sabía su afrenta? Entonces respondió con el acento de valor que le había servido para asombrar á su hermano:

—¡Vaya una pregunta! ¿Qué he de hacer sino batirme?

—¡Ah! exclamó ella sinceramente sorprendida.

Y sin embargo, no desaprobó su resolución. Aquello aumentaría el escándalo, pero el honor lo exigía; y se contentó con recordar que al principio se había opuesto á su boda. Nada bueno podía esperarse de una joven que parecía ignorar todos los deberes de la mujer. Después, al oír que Augusto la preguntaba por su marido:

—¡Está viajando! respondió sin vacilar.

Esto le afligió porque no quería dar ningún paso sin consultar antes con Duveyrier, y ella le escuchaba sin darle las señas de la nueva casa de la querida de su marido, á fin de no enterar á su familia de las interioridades de su hogar. Pero al fin halló un modo de salir del paso, aconsejándole que fuese á buscar á Bachelard á la calle de Enghien: quizás allí podrían decirle algo útil. Y acto continuo volvió á tocar el piano.

Teófilo que hasta entonces había callado, creyó oportuno indicar que Augusto le había rogado que le acompañase:

¿Quieres que te dé un abrazo Clotilde? añadió... Todos estamos apesadumbrados.

Ella le tendió su helada mejilla diciendo:

—Hermano mío, sólo tienen penas los que las buscan. Por mi parte perdono á todo

el mundo... Y lo que es tú, debes cuidarte, me parece que estás muy resfriado.

Después, dirigiéndose á Augusto, añadió lo siguiente:

—Si eso se arregla, anunciámelo para que no esté intranquila.

El diluvio de notas volvió envolviéndola y ahogándola, y mientras que sus dedos recorrían mecánicamente el teclado, se puso á leer de nuevo con la mayor gravedad en la *Revista de ambos mundos*.

Abajo discutió Augusto con su hermano si debería ó no ir á ver á Bachelard. Como decirle: «Su sobrina de V. me ha engañado.» Al fin resolvió preguntar al tío las señas de la querida de Duveyrier, sin enterarle de lo que había ocurrido. Todo fué concertado: Valeria cuidaría de la tienda en tanto que Teófilo vigilaba la casa hasta el regreso de su hermano. Éste mandó buscar un coche de alquiler, y partió al mismo tiempo que Saturnino salió de nuevo de la cueva blandiendo un cuchillo y gritando:

—¡Le degollaré! ¡le degollaré!

Augusto, pálido de miedo subió al coche, y cerró la portezuela diciendo:

—¡Tiene un cuchillo! ¿En dónde diablo los encuentra? ¡Por Dios, Teófilo, despídele...! Procura que no esté ahí cuando yo

vuelva... ¡Sólo eso me faltaba después de la desdicha que pesa sobre mí!

El mozo de la tienda sujetó al loco por los brazos. Valeria dió al cochero las señas de la calle adonde debía llevar á Augusto, y el auriga, sucio, gordo y borracho perpetuo, preguntó con voz ronca sin acelerarse:

—¿A la carrera?

—No, á la hora y aprisa. Le daré á V. una buena propina.

El coche partió. Era un viejo landó, grande y sucio, que tenía un movimiento endiablado. El caballo, blanco y en los huesos, marchaba al paso con gran trabajo. Augusto miró el reloj: eran las nueve. A las once podían estar ya convenidas las condiciones del desafío. La lentitud con que iba el coche le irritó al pronto. Después le entró poco á poco el sueño: en toda la noche había pegado los ojos, y el balanceo del carruaje convidaba á dormir. Cuando se vió solo y aletargado, se calmó la fiebre que le había sostenido en presencia de su familia. ¡Qué aventura tan tonta! Y su rostro se puso amarillento, y se cogió con las manos la cabeza que se le saltaba.

En la calle de Enghien experimentó un nuevo fastidio. Por de pronto, la puerta del comisionista estaba tan llena de camiones

que faltó poco para que le estrujaran: después tropezó en el patio con una nube de embaladores que estaban clavando tapas de cajones, sin que ninguno de ellos pudiera indicarle donde estaba M. Bachelard. Los martillazos le partían la cabeza, pero se resolvía á esperar al tío, cuando un aprendiz compadecido de él, le dijo al oído que le hallaría en casa de Fifi, calle de Saint-Marc, piso tercero.

—¿Adónde? preguntó al cochero que se había dormido.

—A la calle de Saint-Marc, y aprisa.

El carruaje continuó su marcha de entierro, y en el boulevard chocó con un ómnibus. Las portezuelas se movían, los muelles rechinaban y á cada instante era mayor la melancolía que se apoderaba de aquel marido en busca de un padrino. Al fin llegó á la calle de Saint-Marc. Una vieja, de buen año y muy blanca, abrió la puerta. Parecía muy agitada y apenas oyó el nombre de Bachelard, introdujo á Augusto en la habitación.

—¡Ah! caballero, exclamó: V. debe ser amigo suyo... Procure V. calmarle. Hace un instante que el pobre ha tenido un disgusto... V. debe conocerme, él le habrá hablado á V. de mí... la señorita Menu.

Augusto un tanto asustado, se halló en un pequeño cuarto que daba á un patio y que tenía toda la calma y el aspecto de una vivienda de provincia. Respiraba el trabajo, el orden, la pureza de una existencia feliz. Delante de un bastidor, en el que había una estola, bordaba una joven rubia, bonita, de aspecto cándido que lloraba como una Magdalena. A su lado Bachelard, de pié, con la nariz encendida y los ojos saltones, expresaba su cólera y su desesperación. Tan agitado estaba, que no le sorprendió la llegada de Augusto. Inmediatamente se dirigió á él y continuó la escena.

—Celebro que venga V... Vamos á ver, M. Vabre, V. que es un hombre honrado, ¿qué diría V. si le pasara lo que á mí? ¡Llego aquí esta mañana más temprano que de costumbre, entro en su cuarto con un terrón de azúcar y tres piezas de cuatro sueldos para obsequiarla, y la encuentro acostada con el puerco de Guenlin! Francamente, ¿qué habría V. dicho hallándose en mi caso?

Augusto en gran aprieto y muy colorado, creyó al pronto que Bachelard conocía su desgracia y que se burlaba de él, pero el tío añadió sin aguardar su respuesta:

—¡Ah! señorita... V. no sabe lo que ha hecho. Yo que me rejuvenecía, que me con-

sideraba dichoso por haber hallado este rinconcito... Si, era V. un ángel, una flor, algo que me consolaba de los disgustos que me daban otras mujeres... ¡y á pesar de todo tiene V. valor de dormir con el indecente de Guenlin!

La emoción le ahogaba, en su voz resonaban los acentos del más profundo dolor. Todo se acababa para él, y lloraba la pérdida de su ideal con el hipo de un resto de borrachera.

—Yo no lo sabía, tío, balbuceaba Fifi cuyos sollozos aumentaban ante aquel lamentable espectáculo; no, no sabía que eso le causaría á V. tanta pena.

Parecía en efecto que ignoraba toda la trascendencia del acto que había consumado, conservando sus ojos ingenuos, su olor de castidad, la candidez de una niña incapaz todavía de distinguir un hombre de una mujer. La tía Menu por otra parte, aseguraba que en el fondo la muchacha era completamente inocente.

—Cálmese V., señor Narciso... la niña le quiere á V. á pesar de todo... decía. A mi no se me ocultaba que eso le desagradaría á V. y se lo dije: «Si el Sr. Narciso lo sabe, se disgustará. Pero qué quiere V... ¡es tan inocente! ignora lo que puede gustar y lo que

desagrada... No hore V... toda vez que su corazón le pertenece por completo.

Como ni ella ni el tío la escuchaban, se encaró con Augusto, expresando hasta qué punto la atormentaba lo que había pasado por lo que podía influir en el porvenir de su sobrina. ¡Era tan difícil colocar á una joven de un modo conveniente! Ella que había trabajado treinta años en casa de los señores Mardienne hermanos, bordadores en la calle de Saint-Sulpice, donde podían pedirse informes, sabía á costa de cuántas privaciones podía vivir una obrera que quería ser honrada.

A pesar de su buen corazón, y aun cuando recibió á Fany de manos de su propio hermano el capitán Menu, en el lecho de muerte, por sí no habría podido sostener á la niña con su renta vitalicia de mil francos, que la permitía vivir sin darle á la aguja como antes. Por esta razón esperaba morir tranquila, viéndola en poder de M. Narciso. Pero no señor, ¡Fifi disgustaba á su tío por una tontería!

—Sin duda conoce V. el pueblo de Villanueva, cerca de Lila, añadió. Yo soy de allí. Es un pueblo importante...

Augusto perdió la paciencia, y dejando á la tía con la palabra en la boca se dirigió á